

Henry, negro y encorvado, abrió la puerta con una llave que llevaba en una gran anilla de metal. Acababa de salir del ascensor. Eran las nueve de la mañana. La puerta era enorme, una gran lámina ornada de roble, barnizada en sus tiempos para que pareciera caoba, y que ahora aparentaba ser de ébano después de sesenta años de humo y suciedad. Empujó la puerta, colocó el calzo en su sitio con el pie cojo, y entró renqueando.

No hizo falta encender las luces, pues por la mañana los tres grandes ventanales de la pared lateral daban al sol naciente. Allá fuera asomaba la luz del día, el centro de Chicago. Henry tiró del cordón que abría las pesadas cortinas y éstas se reunieron en sombría elegancia en los bordes de las ventanas. Fuera había un panorama de edificios grises; entre ellos, parches de virginal cielo azul. Luego Henry abrió las ventanas, unos cuantos centímetros por abajo. El aire entró bruscamente y pequeños remolinos de polvo y los residuos de cuatro horas de humo de cigarrillos revolotearon y empezaron a disiparse. Por la tarde las cortinas siempre se corrían y las ventanas se cerraban; sólo por la mañana el aire cargado de tabaco se cambiaba por otro nuevo.

Un salón de billar por la mañana es un lugar extraño. Tiene etapas; una metamorfosis diaria, la muda de pieles diversas. Ahora, a las nueve de la mañana, podría haber sido una gran iglesia, silenciosa, con el sol entrando por las vidrieras, recogida en sí misma, la caoba maciza y atemporal de las grandes mesas, los tapetes verdes discretamente ocultos por cobertores de hule gris. Las recias escupideras de latón se alineaban a lo largo de ambas paredes entre las altas sillas con asientos de cuero honrado y duradero, pulidas para recuperar su antiguo brillo, y por encima de todo, el alto techo abovedado con sus cuatro grandes lámparas y su claraboya de muchos paneles, pues esto era la planta superior de un edificio antiguo y venerable que, cuadrado y feo, alzaba sus insignificantes ocho plantas en el centro de Chicago. La enorme sala, con las sillas de respaldo alto de los espectadores agrupadas reverentemente alrededor de cada una de las veintidós mesas, podría haber sido un santuario, una catedral desvencijada.

Pero más tarde, cuando llegaban los encargados de las mesas y el cajero, cuando se conectaban los ventiladores del techo y cuando Gordon, el encargado, ponía música en su radio, entonces la sala adoptaba la cualidad que es característica de la vida diaria de esos lugares que están verdaderamente vivos de noche; la cualidad que tienen a media mañana los clubes nocturnos, o los bares, y los salones de billar de todo el mundo: la gran sala casi vacía donde resonaba el roce de unos pocos pies, el ocasional tintineo del cristal o del metal, el sonido de las escobas, de las mopas, de muebles al ser movidos, y la música casi irreal que suena en las radios. Y, sobre todo, la sensación de que el lugar no estaba todavía vivo, pero se hallaba ya en los comienzos de la resurrección vespertina.

Y luego, por la tarde, cuando empezaban a llegar en serio los jugadores, y empezaba el humo del tabaco y los sonidos de las bolas duras y brillantes golpeando entre sí y el chirrido de la tiza contra las duras flechas de cuero de los tacos, entonces comenzaba la fase final de la metamorfosis que ascendía hasta el máximo cuando, ya bien entrada la noche, los jugadores casuales y los borrachos se marchaban, dejando sólo a los concentrados y los furtivos, que observaban y apostaban, mientras otros (un grupo pequeño y diverso de hombres, vestidos de oscuro o de colores vivos, que se conocían todos pero rara vez hablaban) jugaban partidas silenciosas de brillante e intenso billar en las mesas del fondo de la sala. En esos momentos, este salón, el Bennington, cobraba vida de una manera clara.

Henry sacó una escoba grande de un armario situado cerca de la puerta y empezó, cojeando, a barrer el suelo. Antes de que terminara llegó el cajero, encendió su pequeña radio de plástico y se puso a contar el dinero de la caja. La campanita de la caja sonó muy fuerte cuando pulsó la tecla para abrirla. Una voz en la radio deseó buenos días a todo el mundo.

Henry terminó de barrer el suelo, guardó la escoba, y empezó a retirar los cobertores de las mesas, descubriendo el brillante paño verde, ahora sucio con vetas de tiza azul y, en las mesas donde la noche anterior habían jugado viajantes y oficinistas, manchado de blanco polvo de talco. Después de doblar el cobertor de cada mesa y colocarlos en un estante del armario, cogió un cepillo y frotó las bandas de madera hasta que brillaron con un cálido tono marrón. Luego cepilló el tapete hasta que las marcas de tiza y de polvo y la suciedad desaparecieron y el verde quedó brillante.

A primera hora de la tarde, un hombre alto y grueso que llevaba tirantes verdes sobre su camisa deportiva practicaba en una de las mesas delanteras. Fumaba un puro. Lo hacía igual que practicaba, pensativamente y con contención. Paciente, se metía el puro en la boca muy despacio, con el mordisqueo regular y tranquilo de una vaca, reduciendo el extremo poco a poco hasta el estado de húmeda deformación que se le antojaba. Jugaba con paciencia, siempre a la misma velocidad, siempre en la misma tronera y (casi siempre) colando la bola en la buchaca suavemente y con firmeza. No parecía ni complacerle ni disgustarle embocar la bola; llevaba tirando así, como práctica, veinte años.

Un hombre más joven, de rostro afilado y ascético, lo observaba. Aunque era verano, iba vestido con un traje negro. Su expresión era de perpetua inquietud, y a menudo retorció las manos como apenado, o se frotaba nervioso la nariz con el dedo índice. Algunas tardes, su expresión de ansiedad aumentaba con una expresión forzada en los ojos y la dilatación de sus pupilas. Sin embargo, en esas ocasiones no se frotaba la nariz sino que, de vez en cuando, se reía solo. Eran los momentos en que había

tenido suerte con las partidas de la noche anterior y había podido comprar cocaína. No era jugador de billar, pero se ganaba más o menos la vida haciendo apuestas cuando era posible. Lo conocían como el Predicador.

Después de un rato, habló, frotándose la nariz para tranquilizar la voz de su mono, el insistente susurro de su drogadicción, que empezaba a lloriquear.

—Big John —le dijo al hombre que practicaba—. Creo que tengo noticias.

El hombretón terminó de golpear la bola, el firme movimiento de su brazo carnoso imperturbable por la distracción. Vio cómo la brillante bola tres se deslizaba por la mesa, chocaba contra la banda, y volvía atrás y entraba en la tronera. Entonces se dio la vuelta, miró al Predicador, y dijo:

—¿Crees que tienes noticias? ¿Qué significa eso de que crees que tienes noticias?

Acobardado, el Predicador pareció confuso.

—Me he enterado por ahí. Lo dijeron anoche, en casa de Rudolph. Había un tío en la partida de póker, y dijo que acababa de venir de las carreras de Hot Springs... —La voz del Predicador se había vuelto un hillo. Incómodo por la presencia de Big John, el gemido de su mono se volvía un chillido. Se frotó con fuerza la nariz con el dedo índice—. Dijo que Eddie Felson estaba allí, en Hot Springs, y que venía para acá. Tal vez esté aquí mañana, Big John.

Big John había vuelto a meterse el puro en la boca. Lo sacó una vez más y se lo quedó mirando. Estaba muy blando. Eso pareció gustarle, porque sonrió.

—¿Eddie el Rápido? —dijo, alzando sus enormes cejas.

—Eso es lo que dijo. Estaba dando las cartas y dijo: «Vi a Eddie el Rápido en Hot Springs y me dijo que lo

mismo venía para acá. Después de las carreras». —El Predicador se frotó la nariz—. Dijo que a Eddie no le había ido muy bien en Hot Springs.

—He oído decir que es bastante bueno.

—Dicen que es el mejor. Dicen que tiene auténtico talento. Los tíos que lo han visto jugar dicen que es el mejor que hay.

—He oído eso antes. Lo he oído decir de un montón de buscavidas de segunda fila.

—Claro. —El Predicador dedicó su atención a su oreja, y empezó a tirar de ella, especulativo, como si tratara débilmente de parecer inteligente—. Pero todo el mundo dice que le ganó a Johnny Vargas en Los Ángeles. Lo dejó aplastado. —Tiró de la oreja y, para darse énfasis (Big John permanecía, de nuevo, impasible), añadió—: Como un perro en la carretera. Aplastado.

—Puede que Johnny Vargas estuviera borracho. ¿Viste la partida?

—No, pero...

—¿Quién lo hizo? —De repente Big John pareció cobrar vida. Se sacó el puro de la boca y se inclinó hacia el Predicador, mirándolo intensamente—. ¿Has visto alguna vez a alguien que viera jugar al billar a Eddie el Rápido?

Los ojos del Predicador se movieron de un lado a otro, como buscando un agujero donde poder esconderse. Como no vio ninguno, contestó:

—Bueno...

—¿Bueno qué? —Big John continuaba mirándole, intensamente, sin pestañear.

—Bueno, no.

—No. Demonios, no. —Big John se irguió, alzó los brazos al aire, invocando al Todopoderoso—. ¿Y quién

en nombre de Dios santo ha visto aunque sea una sola vez a ese tipo? Te lo pregunto. Nadie. Ésa es mi respuesta. Nadie.

Se volvió hacia la mesa y sacó la bola tres de la buchaca y la colocó sobre el tapete. Entonces empezó a dar tiza lentamente a la punta de su taco, como si la conversación hubiera terminado y el asunto estuviera ya zanjado.

El Predicador tardó un momento en recuperar la compostura, en hacer acopio de su torturadas entendederas.

—Pero ya oíste a Abie Feinman, cuando dijo lo que se decía de Eddie el Rápido en el oeste, sobre él y Texaco Kid y Vargas y Billy Curtiss y todos los otros a los que les ganó —dijo por fin—. Y ese tipo de la casa de Rudolph dijo que no se habla de otra cosa en Hot Springs hoy en día más que de Eddie Felson el Rápido.

—¿Y? —Big John dejó la bola, se volvió despectivo, se sacó el puro de la boca—. ¿Ese tipo de Hot Springs vio jugar a Eddie?

—Bueno, verás... Parece que el tipo lleva una especie de chanchullo con las carreras... Creo que tal vez va de tapado en una partida itinerante, y dice que estaba ocupado con los clientes. Pero dice...

—Vale, vale, me he enterado. Ya me lo has dicho. —Big John se volvió hacia la mesa, disparó. La bola se deslizó, rebotó, y cayó a la tronera. Volvió a colocarla. Plop. Otra vez.

El Predicador le observó en silencio, preguntándose cuándo iba a fallar. Big John siguió golpeando la bola tres, por toda la mesa, y metiéndola en la tronera. Cada vez que la bola entraba en la buchaca, el Predicador se frotaba la nariz. Luego, por fin, la bola se deslizó por la mesa una imperceptible fracción de centímetro más cerca de la banda

de lo normal. Llegó al rincón de la tronera, osciló un momento, y entonces se quedó quieta. Big John recogió la bola, la sostuvo en su gruesa mano derecha y la miró, no con desprecio sino con desaprobación: había fallado el tiro muchas veces antes, en veinte años. Luego se la guardó firmemente en el bolsillo, se volvió hacia el Predicador, y dijo:

—¿Y quién es, ese Eddie el Rápido? ¿Hace seis meses alguien había oído hablar de Eddie el Rápido?

El Predicador se sobresaltó durante un momento.

—¿Qué quieres decir?

—Que todo el mundo habla de Eddie el Rápido. ¿Pero quién es?

El Predicador se tiró de la oreja.

—Bueno... El tío del que te hablo dice que solía trapi-
chear por la Costa. California. Dice que acaba de echarse a la carretera, hace dos, tal vez tres meses. No ha jugado nunca en Chicago todavía.

Big John se sacó el puro de la boca, lo miró con descontento, lo lanzó, suavemente, a la escupidera de latón que había en el suelo, bajo la polvera. Siseó al entrar, y ambos hombres miraron la escupidera un momento como si esperaran que sucediera algo. Como no sucedió nada, Big John se volvió a mirar al Predicador. Sin el puro y la bola tres, su concentración era completa. El Predicador pareció marchitarse visiblemente bajo su intensidad.

—Hace treinta años —dijo Big John—. El que tenía reputación era yo. Como Eddie el Rápido. Tenía talento. Hace treinta años llevaba botas de caña y vivía en Columbus, Ohio, e iba a los salones de billar en taxi, en taxi, y jugaba con los chicos que venían de las fábricas y apostaba con los que se creían algo y, por Dios, fumaba

puros de veinticinco centavos. Y, por Dios, me vine a Chicago.

Se detuvo un momento para tomar aire, pero no redujo la intensidad de su mirada.

—Vine a esta maldita gran ciudad y me hice famoso. Susurraron sobre mí la primera vez que puse el pie en esta sala de billar y señalaron diciendo que era Big John de Columbus y me condujeron ante el mismísimo viejo Bennington, el hombre cuyo nombre estaba en el cartel de la puerta de esta sala perdida de la mano de Dios igual que está ahora, excepto que era de madera y no de neón. Y fui importante, santo Dios, fui un jugador de billar de primera fila de Columbus, Ohio, un gran hombre de fuera. ¿Y sabes lo que me pasó cuando jugué contra Bennington, el hombre en persona, en la mesa número tres? —Señaló a una recia mesa de caoba—. ¿Esa mesa de allí, a veinte dólares la partida? ¿Sabes lo que pasó?

El Predicador se agitó, incómodo.

—Bueno. Puede que sí. Eso creo...

Big John alzó las manos al aire. Era como un coloso.

—Eso crees. Dios santo, tío, ¿es que no sabes nada?

De algún modo, el Predicador se permitió mostrar una pizca de resentimiento en el centro de toda la furia que se concentraba en él.

—Muy bien —dijo—. Perdiste. Supongo que te dio una paliza.

Big John pareció aprobar sus palabras. Bajó sus manos enormes, las apoyó firmemente en sus caderas y se inclinó hacia adelante.

—Predicador —dijo en voz baja—. Me dio una paliza de las que hacen época. Me dejó planchado.

Guardó silencio un momento. El Predicador miró al

suelo. Entonces Big John volvió a la mesa, se sacó la bola tres del bolsillo y la sostuvo en la mano, especulativo.

Finalmente, el Predicador alzó la cabeza y dijo:

—Pero sigues siendo un buen jugador. Demonios, eres uno de los mejores de la ciudad, Big John. Y además, eso no significa que Eddie el Rápido...

—Pues claro que sí. Desde que entré por esa puerta hace treinta años no he oído más que hablar de grandes tipos que llegan de fuera. He visto a chicos importantes venir de Hot Springs y Atlantic City y me han dejado sin blanca. Pero nunca fui un jugador de primera y nunca lo seré. Y ellos no vienen, no vienen nunca de Mississippi o Texas o California y se enfrentan con un jugador de primera de Chicago y salen con más pasta en el bolsillo de la que entraron. Eso no sucede. No sucede nunca.

El Predicador arrugó la nariz.

—Demonios, Big John, tal vez de vez en cuando haya alguien que... Demonios, ya sabes cómo es el billar.

Big John sacó un puro nuevo del bolsillo de su camisa.

—¿Que si sé cómo es el billar? ¿Que si sé cómo es el billar? —Arrancó el envoltorio del puro, hizo una pelota con el celofán—. Dios mío, es lo que intento decirte. Intento decirte que conozco este juego y nadie, nadie, llega jamás y derrota a George el Duende o a Jackie French o a Minnesota Fats. No de frente, no cuando coge el taco y ellos cogen el suyo y Woody o Gordon colocan las bolas y juegan una partida que ni tú ni yo ni Willie Hoppe, ni siquiera con la ayuda de Dios, podemos imaginar o inventar siquiera. Si alguien juega en desventaja, o si George el Duende o Jackie French empiezan a perder bolas tal vez sea un juego entretenido. Pero ninguna lumbrera de

Columbus, Ohio, o de California va a derrotar a un jugador de primera de Chicago.

Se metió el puro en la boca, sin detenerse siquiera a humedecerlo antes.

—¿Y ahora me vienes con ese Eddie Felson el Rápido de California?

El Predicador arrugó la nariz.

—Muy bien —dijo—, muy bien. Esperaré hasta que llegue. —Y entonces, de forma casi inaudible, añadió—: Pero le ganó a Johnny Vargas. Tal vez fuera en Hot Springs, pero lo dejó aplastado.

Big John pareció no oírlo. Había tenido todo el tiempo la bola tres en la mano y la colocó ahora, en su lugar. Colocó la bola blanca detrás. Empezó a frotar de tiza su taco. Entonces dijo, en voz baja ahora:

—Veremos cómo le va con Minnesota Fats.

Lanzó la bola tres, suavemente, y ésta siguió su pequeña pauta de movimiento, su órbita, por el tapete, hasta la tronera de la esquina. Entonces Big John se metió la mano en el bolsillo, sacó un arrugado billete de un dólar, y lo depositó sobre la banda.

—Ve a buscarte algo de farlopa —dijo—. Estoy harto de ver cómo te frota esa maldita nariz.